

Se trata de un poblado serrano (presente etnográfico de 1994) de 150 casas, distribuidas en un barrio de mestizos y un barrio de huicholes, con un total de 530 habitantes, de los cuales aproximadamente 200 son indígenas. Según los frailes de la misión, la afluencia de peregrinos para las ceremonias de la Semana Mayor es cercana a los diez mil, provenientes de la región serrana, del altiplano y de la bocasierra de Nayarit. De esta forma confluyen ritualmente tres tradiciones étnicas: las de los coras, huicholes y mestizos serranos.

En el santuario de Huaynamota un sacerdote católico celebra los oficios litúrgicos correspondientes, desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección. De manera paralela –y a veces a contratiempo y hasta en contradicción– se desarrolla el ritual de la tradición popular, cuyo centro es la imagen de Jesús Nazareno, de tamaño natural y de semblante extremadamente realista; esta escultura era un eccehomo llevado por los misioneros jesuitas en el siglo XVIII. Si bien se trata de la talla en madera de un Cristo negro, la creencia popular es que “No fue comprado, ni hecho: fue aparecido” (Flora Hernández). El convencimiento de la gente es que el Señor de Huaynamota es muy milagroso, muy poderoso. “La gente no viene nomás por gusto, sino porque el Santito hace sus trabajos”. La relación con él es la de pedir y prometer... recibir y cumplir, esto es, pagar los dones alcanzados. El sentimiento es de que, así como es de efectivo para conceder, es implacable para castigar, si el creyente no cumple lo que le prometió. En general las promesas se hacen por un lapso de cinco años, aunque muchos devotos continúan, después de cumplir, visitando anualmente la imagen.

Esta efigie ha llegado a ser concebida por los indígenas coras y huicholes como una entidad dual, siendo su lado derecho luminoso-masculino y su lado izquierdo